

obra *Martirios del Pueblo*, causó, como era consiguiente, una sensación extraordinaria, según leo en *El Monitor*, que dijo: "El domingo, Bianchi ha recibido la ovación más espléndida que hemos visto; en los entreactos del drama se le llamó á la escena para aplaudirle con furor; el teatro Nacional estaba casi lleno, la concurrencia en su mayor parte era de ese pueblo inteligente, tan destrozado por la guerra, y lloraba con la representación de sus desgracias y aplaudía con el fuego de la gratitud al joven dramaturgo que tan bien supo interpretarlas. Con el mismo aplauso se repitió el drama de Bianchi en la tarde del 10."

Ese día, que fué domingo, Enrique Guasp dió en la tarde, por primera vez, el drama en un acto y en verso, original de Peón Contreras, intitulado *Antón de Alaminos*; el también nuevo y en verso, *La Guerra civil*, y el sainete *La casa en venta*. En la noche, y para última función del undécimo abono, repitió *Antón de Alaminos*, y representó la graciosa comedia *Lo que está de Dios*. Después Enrique Guasp se despidió de la Capital y emigró á Puebla, huyendo de la nada amena ciudad federal, cuyo poco buen humor nos pinta así *El Monitor Republicano*: "Las prisiones se han abierto; vuelven á la vida social multitud de hombres honrados que fueron víctimas de la tiranía, y todo esto produce tal trastorno en la vida normal de la sociedad, que nadie piensa en divertirse. Las calles se ven llenas, negras de hombres, pero casi sin una señora. Los teatros, con excepción del *jacalón de Novedades*, están solos, al punto de que en la última función de Arben, pudimos contar tan sólo diez personas en el patio. Los paseos también están solitarios y tristes. Guasp trabaja ante cortísimo número de gente..." "Los teatros, decía en otro número, han cerrado sus puertas, no se habla de una sola reunión particular, y México en las noches está triste como un inmenso monasterio; la lluvia incesante y la agitación popular, dan el último toque á este cuadro de tristeza."

El día 11 de Diciembre el Gral. D. Porfirio Díaz dejó la Capital para ponerse al frente de las tropas que debían ir á batirse con el ejército iglesista. El Gobierno y la Presidencia interina de la República, habían sido, desde el 6, encomendados á D. Juan N. Méndez. La guerra civil iba necesariamente á prolongarse después de haber asolado al país entero durante todo aquel espantoso año de 1876, y era lógico y natural que los moradores de México no tuviesen humor para diversiones, ni necesidad alguna de teatros.

Pero antes de pasar adelante hagamos algunas breves consideraciones acerca de la campaña teatral en los años de 1875 y 1876. Lamento sinceramente haber descrito con poco favorables tintas aquel infeliz ensayo de protección al teatro, procurada por D. Sebastián Lerdo, más que por amor al arte, con la interesada mira de ganarse la voluntad de los escritores en general, según entonces dijeron sus

enconosos enemigos. Y lo lamento, no por aquel gobernante, cuyas justificación y defensa no caben en este libro, ni podría intentarlas mi manera de pensar á su respecto, sino por lo que este desfavorable juicio pueda influir en que no sean bien apreciados los relevantes méritos y cualidades de un actor tan grato al público, y tan estimado en lo personal por mí, como Enrique Guasp. La imparcialidad y el sereno juicio que deben mostrarse en un libro como mi *Reseña*, destinado, al menos por su forma, á vivir y circular algo más que la efímera hoja periodística, me han obligado á escribir lo que escrito queda, en bien del crédito de mi obra, humilde pero muy laboriosa; mas leyendo y apreciando con serenidad lo escrito, ni el trabajo ni la competencia de Enrique Guasp pueden sufrir ni lo más mínimo, por culpas que no fueron suyas.

A Enrique Guasp se le impuso, según puede verse consultando el supremo acuerdo de 2 de Setiembre de 1875 inserto en el Capítulo XIX, la obligación de acatar las decisiones del Conservatorio en la representación de obras de autores mexicanos. En esos días y en aquel importantísimo Establecimiento de educación artística, pesaba mucho y justamente, por su talento y su competencia literaria, el Dr. Manuel Peredo y por consiguiente el círculo brillantísimo de escritores que acaudilló el muy insigne maestro Ignacio M. Altamirano. Contra ese grupo al que tanto debieron las letras nacionales, se levantaron siempre, por razones que no quiero calificar, otros grupos de escritores de los cuales algunos llegaron á valer y á significar mucho: Enrique Guasp vino pues á encontrarse cohibido ó coartado en su libre acción de empresario y director, y fué objeto de las iras y enconos de los opuestos grupos, según hemos hecho notar en los precedentes capítulos, y unas veces era blanco de las censuras de los periódicos gobiernistas con el *Diario Oficial* al frente, y otras sufría ataques de los periódicos independientes ú opositoristas: también se ha podido ver que en los conflictos de esos rencores Guasp fué atacado en su calidad de español, y por ella estimado en menos que otros actores mexicanos á quienes se supuso más aptos para la dirección de aquella ineficaz tentativa de adelantos dramáticos.

Sin embargo, Enrique Guasp hizo más de lo que hubiese podido hacer cualquier otro director en tan difíciles circunstancias. En poco más de un año dió cuarenta funciones con obras de autores mexicanos, sin más fiasco real y positivo que el del drama *El hombre adúltero*, de Roberto Esteva, autor no obstante aplaudido en otras composiciones teatrales, pudiendo en cambio enorgullecerse con los éxitos más ó menos francos y efectivos de *Gil González de Avila*, *La Hija del Rey* y *Hasta el Cielo*, de Peón Contreras; *Maria*, de Bianchi; *Sor Juana*, de Rosas; *Conjuración de México*, de Gustavo Baz; *Ambición y coquetismo*, de Segura; *Maria*, de Obregón; *Amor con amor se*

paga, de Martí; *Amigos peligrosos*, de Manterola; *La caja de dulces*, de Delgado; y *El esclavo*, de Zayas. Si la ovación á Peón Contreras en *La Hija del Rey*, no resultó tan brillante en el adorno del teatro y disposición del obsequio como lo hubiese querido Guasp, culpa fué según se nos ha informado, de alguno de los miembros de la comisión organizadora. Del mismo modo, según se nos dice, la guerra de competencias contra la distinguidísima actriz María Rodríguez, no fué obra de Guasp que siempre reconoció su mérito supremo, sino del círculo que le rodeaba y que por oponerse á Altamirano y á su grupo, amigos de aquella artista española, se empeñó en ensalzar á Concha Padilla, aun sin anuencia de ésta y comprometiéndola ante el público sensato. La misma celeberrima subvención de los trescientos pesos mensuales no siempre le fué pagada con regularidad, y al fin quedaron á debérsele más de dos mil, que ni siquiera pretendió cobrar, pues la tirantez de la situación política y el odio con que llegó á ser vista la administración de Lerdo de Tejada, quitó á éste toda clase de recursos para toda atención que no fuese la de pagar á las tropas que le defendieron. Por lo expuesto se comprenderá que Enrique Guasp hizo positivos milagros en esos días, manteniendo en actividad un teatro semillero de las intrigas de los enemigos del antiguo círculo de escritores dirigidos por Altamirano, contra el que á toda costa se quiso alzar á Peón Contreras, sola figura de ese grupo que poseía luz propia con que brillar en aquella guerra literaria. Como al mismo tiempo el ilustre Altamirano, tan insigne en las pasadas luchas de la libertad, de la reforma y de la intervención, combatía, como la mayor parte de los viejos liberales, á D. Sebastián Lerdo, Enrique Guasp, aun dado el caso de haber estado á favor del círculo de la antigua bohemia, no hubiese podido significarle sus simpatías, puesto que debía mostrarse agradecido á Lerdo, y por ello sostuvo, como buen caballero que ha sido siempre, lo que Lerdo quiso que sostuviera con los elementos proteccionistas que le facilitó. Al carácter honrado de Enrique Guasp no era fácil ajustar su conducta á la regla del personaje bufo de *Madama Angot*, que dice:

“Conspirar y cobrar sueldo,
“eso es lo que tiene gracia.”

Ahora bien, como procuro ser exacto é imparcial en mi *Reseña*, para darle así un mérito que no puede proporcionarle mi humilde nombre literario, diré que á *La Revista Universal*, *El Eco de Ambos Mundos*, *Le Trait d'Union*, *El Federalista*, *La Iberia* y otros periódicos de esa época, ó extranjeros ó amigos de la administración lerdista, pueden acudir aquellos que deseén ver apreciados los sucesos teatrales de 1876, de diverso modo de como aparecen en anteriores capítu-

los y en este mismo. He escrito según los apuntes que me dieron el Maestro Altamirano, el Dr. Peredo y algunos otros amigos, no menos autorizados que éstos; sus juicios fueron conformes con los del popular escritor Enrique Chávarri, en *El Monitor Republicano*, y de él tomé yo lo que estimé oportuno, por creerlo imparcial, por lo mismo que sé prácticamente que nunca existieron lazos de amistad entre el fecundo cronista del *Monitor* y el círculo literario dirigido por Altamirano y Peredo, círculo al que siempre fuí y aun permanezco ciegamente fiel.

En ese tiempo no me encontraba yo en México, y he debido guiarme por los juicios de aquellos ilustres literatos mexicanos, juicios en los que hallo que convino el cronista del *Monitor*, cuyas revistas son un importantísimo arsenal de noticias de sucesos de esa época, razón por la cual he debido tenerlas á la vista en prueba de imparcialidad y buena fe, tanto mejor demostradas cuanto que sin más motivo que el haberme atribuido infundadamente una crítica teatral que *yo no escribí*, el cronista del *Monitor* atacó alguna vez rudamente mi pobrísima personalidad literaria, ataque rudo del que ni entonces ni hoy pensé ni pienso defenderme, pero que hirió fibras delicadas de la estimación que á sí mismo puede tenerse todo escritor que cree haber cumplido bien y honradamente lo que le ha sido dable en las medidas de sus fuerzas.

Quede, pues, asentado, que en mi revista de la temporada dramática de 1876, he tenido la intención de no lastimar en lo más mínimo, ni el talento, ni la competencia artística de Enrique Guasp, cuyos méritos fuí siempre el primero en aplaudir y celebrar, porque obraba en justicia al hacerlo así, y porque fué y es Enrique Guasp uno de mis buenos, más constantes y más queridos amigos.

Cierro aquí esta parte de mi *Reseña*, guardando para la siguiente la prosecución de la historia literaria de México en aquellos años.

Su brillante principio con el renacimiento de la literatura, iniciado por las famosas *veladas*, no parece estar en relación con su final de innegable decadencia, en cuanto al entusiasmo por lo menos. Mas no podrá negarse que en los nueve años y medio que abraza esta parte de mi *Reseña*, mucho hicieron los escritores mexicanos por las letras patrias, hasta donde se los permitió el desaliento que necesariamente ha de detener siempre en México los progresos de ellas, y ese desaliento no dejará de pesar sobre los progresos de la literatura entre nosotros, mientras no cambie el modo de ser del público lector.

Sobre este mismo asunto, el Maestro Altamirano decía: “Necesitamos la simpatía de nuestros compatriotas, su palabra que nos anime, su mano que nos salve de las ondas que amenazan sumergirnos. No son las necesidades de la vida material las que nos detienen. Podemos hacernos superiores á ellas, ó atenderlas con el producto de un

trabajo honrado, aunque extraño á la literatura. No buscamos tampoco el prohijamiento de los grandes. Nos sería insoportable la *dorada medianía* de Horacio, si habíamos de conseguirla en cambio de un himno á Mecenas; nos repugnarían las áulicas preeminencias de Virgilio, si habíamos de comprarlas poniendo á los pies de Augusto la sagrada lira del viejo cantor de los dioses.

“No, de ninguna manera; nosotros creemos que sobre el sombrero de lacayo no puede colocarse ni la más triste corona de poeta. No puede acusársenos, por lo mismo, de pretender protecciones inútiles y perjudiciales seguramente para la libertad del pensamiento. Pero desear que en nuestro país sean vistos con interés los progresos de la literatura, es patriótico, es razonable y tiende á dar lustre á nuestra civilización y á hacerla digna del aprecio de las naciones.

“Ahora bien, este interés ha faltado, y de ahí el desaliento, bebida emponzoñada, cuyo vaso de barro vil aterra al genio, acostumbrado á libar el néctar de los inmortales en la copa myrrhina de la fe. Para la alta misión de la literatura, para sus importantes empresas, el esfuerzo individual solo, es las más veces impotente; necesita de la cooperación social, y no la hemos tenido. No culpamos por ello á nadie, demasiado comprendemos que es un mal inherente á nuestro carácter y á nuestra situación especial.

“Como la mayoría del pueblo mexicano no sabe leer, sólo queda una minoría reducidísima para quien la letra no es un signo mudo. De esta minoría hay que rebajar noventa y nueve partes, unas porque se contentan con lo aprendido en la escuela; otras porque sólo leen lo indispensable para vivir en el mundo de los negocios; otras porque tienen miedo á otra lectura que no sea la rutinaria, y las más veces porque no cuentan ni con los recursos miserables que se necesitan para comprar un libro. ¡La centésima parte, pues, de esa minoría, es la única que sostiene las publicaciones! ¡Triste confesión, pero la estadística nos la revela con su verdad inflexible!

“Así es que en Literatura, como en Política, como en Agricultura, como en Moral, nos encontramos siempre obstruido el ancho camino del progreso con la pesada mole de la ignorancia popular.”

“No hay, pues, que sorprenderse de nuestro atraso literario. El es hijo del tiempo y no podrá remediarse sino con la propagación de la enseñanza.”



SEXTA PARTE

De 1877 á 1887

DEMOSTRACION DE CARÍÑO
AL SR. D. PABLO MARTINEZ DEL RIO

CAPITULO PRIMERO

1877

No creo necesario traer aquí á cuenta los incidentes de la lucha que inició, en su proclama fechada en Querétaro el 6 de Diciembre de 1876, el Jefe de las fuerzas iglesistas, llamando al Ejército nacional á defender la Constitución de 1857, “amenazada de muerte — son sus palabras — por el triunfo del Plan de Tuxtepec,” y pretendiendo equiparar el conflicto de Comonfort y Juárez con el que ponía frente á frente á D. José María Iglesias y á D. Porfirio Díaz. Como el caso era totalmente diverso, como los iglesistas anduvieron tan desconcertados como firmes y astutos los porfiristas, todo vino á concluir pronta y rápidamente. Rumbo al interior y al frente de su respetable cuerpo de tropas, el Gral. Díaz, lejos de encontrar obstáculos ni entorpecimientos, recibió frecuentes adhesiones de jefes que salían á su encuentro á unírsele y á ponerse á sus órdenes. Uno de sus tenientes, el Gral. Ignacio Martínez, derrotó en *los Adobes* las tropas de D. José María Iglesias; éste se retiró primeramente á Guadalajara y después al Manzanillo, puerto en que se embarcó el 16 de Enero de 1877 para los Estados Unidos, y el Gral. Porfirio Díaz regresó á la Capital el 11 de Febrero, satisfecho de haber ganado la partida sin nuevo derramamiento de sangre.